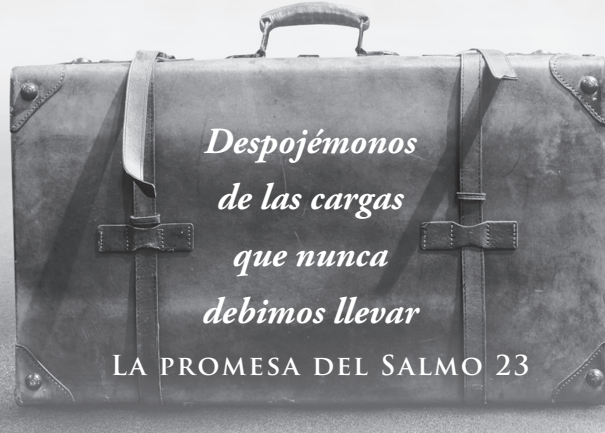
A continuación encontrarás una muestra del libro «Aligere su equipaje» del autor Max Lucado.

Puedes adquirir el libro aquí:
https://www.editorialunilit.com/aligere-su-equipaje-favoritos

Para mayor información puedes comunicarte con nosotros por el correo info@editorialunilit.com

ALIGERE SU EQUIPAJE



Max Lucado

Unilit
Para que el mundo
Sepa

Contenido

Reconocimientos 7

1 El Equipaje de la Vida 9

2 El Do Central de la Vida 19
La carga de un dios inferior

3 Lo Haré a Mi Manera 29
La carga de la confianza en sí mismo

4 La Prisión de la Necesidad 39
La carga del descontento

5 Te Haré Descansar 49
La carga del cansancio

6 Los ¿Y si? y los ¿Cómo? 59
La carga de las preocupaciones

7 Allá Afuera hay una Selva 69
La carga de la desesperanza

8 Intercambio Celestial 77
La carga de la culpa

9 Vencerse a Uno Mismo 85
La carga de la arrogancia

10 Te Llevaré al Hogar 95
La carga del sepulcro

11 Cuando Llega el Dolor 105
La carga de la tristeza

12 Del Pánico a la Paz 115
La carga del temor

13 Noches Silenciosas y Días Solitarios 123
La carga de la soledad

14 El Gallo Cantor y Yo 133
La carga de la vergüenza

15 Oveja Resbalosa y Heridas Sanadas 143
La carga de la desilusión

16 Sesión de Mermelada 153
La carga de la envidia

17 Con Amor nos Busca Dios 163
La carga de la duda.

18 Casi el Cielo 173
La carga de la nostalgia por el hogar

Conclusión 183

Notas 191

Guía de estudio 197

1

El Equipaje de la Vida

Nunca he sido un viajero de equipaje liviano.

Lo he intentado. Créanme, lo he intentado. Pero desde que levanté tres dedos e hice la promesa como *Boy Scout* de estar siempre preparado, he estado decidido a estar exactamente así: preparado.

Preparado para un *bar mitzvah*, la dedicación de un bebé o una fiesta de disfraces. Listo para lanzarme en paracaídas tras las líneas del enemigo o participar en un campeonato de cricquet. Y si por casualidad me encuentro con el Dalai Lama en mi vuelo y me invita a cenar en el Tibet, llevo los zapatos de nieve. Uno tiene que estar preparado.

No sé viajar con una carga liviana.

En realidad, hay muchas cosas acerca de viajar que yo no sé. No sé interpretar las restricciones de un asiento supereconómico: *a mitad de precio si viaja el miércoles durante la temporada de caza del pato y regresa durante la luna llena en un año en que no hay elecciones*. No sé por qué no construyen todo el avión del mismo metal que usan para fabricar la pequeña caja negra. No sé como salir del toilet del aeroplano sin sacrificar una de mis extremidades en las fauces de la puerta plegadiza. Y no sé qué responder al taxista en Río que al saber que soy americano me pregunta si conozco a su primo Eddie que vive en los Estados Unidos.

Hay mucho acerca de los viajes que yo no sé.

No sé por qué los hombres preferirían limpiar los dientes de un cocodrilo con seda dental en vez de preguntar una dirección. No sé por qué no se usan las diapositivas de las vacaciones para curar el insomnio, y no sé cuándo aprenderé a no comer platos cuyos nombres no puedo pronunciar.

Pero, por sobre todo, no sé viajar con una carga ligera.

No sé viajar sin barras de cereal, sodas y un equipo para la lluvia. No sé viajar sin linternas, sin un generador, y sin un sistema global de rastreo. No sé viajar sin una caja frigorífica con salchichas vienesas. ¿Qué hago si de repente me encuentro en medio de un asado en el patio de una casa? ¡No llevar nada en un caso así sería falta de cortesía!

Cada compañía de catálogos de viajes tiene el número de mi tarjeta de crédito. Tengo una plancha que me sirve también de pisapapel, un secador de pelo del tamaño del silbato de un entrenador, un cortaplumas del ejército suizo que se expande y se transforma en una tienda de campaña, y un par de pantalones que se inflan ante un impacto. (En un vuelo, Denalyn, mi esposa, me dio una palmadita en la pierna, y luego yo no podía salir de mi asiento.)

No sé viajar con poca carga. Pero necesito aprender a hacerlo. Denalyn se niega a tener más hijos aunque las líneas aéreas permitan que cada pasajero lleve tres valijas controladas y dos bolsas de cabina.

Necesito aprender a viajar con poco equipaje.

Usted se preguntará por qué no puedo. «¡Tranquilo!» piensa usted. «Con tanta impedimenta no puedes disfrutar tu viaje. ¿Por qué simplemente no sueltas ese equipaje?»

Es curioso que me lo pregunte. Me gustaría hacerle la misma pregunta. ¿No se ha dado cuenta que lleva unas cuantas bolsas? ¡Apuesto a que lo hizo esta mañana! En algún punto entre el primer paso al salir de

la cama y el último al salir de casa, tomó algún equipaje. Caminó hasta la estera del equipaje y tomó su carga. ¿No recuerda haberlo hecho? Es porque lo hizo sin pensar; automáticamente. No recuerda haber visto una cinta transportadora. Es porque no es la del aeropuerto; esta otra está en la mente. Las valijas que llevamos no son de cuero; están hechas de cargas. La maleta de la culpa. Llevas un talego de descontento en un hombro y una bolsa de mano llena de penas en el otro. Agréguese a esto una mochila de dudas, un saco de dormir de soledad y un baúl de temores. Pronto estará llevando más cargas que un maletero de aeropuerto. No es extraño que al final del día esté tan cansado. Arrastrar equipaje es agotador.

Lo que usted me decía Dios se lo dice a usted: ¡Deja todo eso! ¡Llevas cargas que no necesitas llevar!

«Venid a mí», invita, «todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar» (Mateo 11.28).

Si lo dejamos entrar, Dios aligerará nuestras cargas... pero, ¿cómo podemos hacerlo? Vamos a invitar a un antiguo conocido nuestro para que nos lo muestre. Se trata del Salmo 23:

> Jehová es mi pastor; nada me faltará.
> En lugares de delicados pastos me hará descansar;
> Junto a aguas de reposo me pastoreará.
> Confortará mi alma;
> Me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre.
>
> Aunque ande en valle de sombra de muerte,
> No temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo;
> Tu vara y tu callado me infundirán aliento.

Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores;
Unges mi cabeza con aceite, mi copa está rebosando.
Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán
todos los días de mi vida,
Y en la casa de Jehová moraré por largos días.

¿Existen palabras más amadas? Enmarcadas y colgadas en los pasillos de los hospitales, garabateadas en las paredes de las prisiones, citadas por los jóvenes y susurradas por los moribundos. En estas líneas los marineros han encontrado un puerto, los miedosos hallan un padre, y los que luchan han encontrado un aliado.

Y como es un pasaje profundamente amado, se le conoce ampliamente.¿Puede encontrar un oído hasta el que no hallan llegado estas palabras? Un centenar de canciones reproducen sus palabras, ha sido traducido a mil lenguas, se ha domiciliado en un millón de corazones.

Uno de ellos puede ser el suyo. ¿Cuánta familiaridad siente con esas palabras? ¿Hasta dónde lo transportan esos versículos? ¿Al calor de un hogar? ¿Junto a su cama? ¿Junto a un sepulcro?

Difícilmente pasa una semana sin que yo no me dirija a ellos. Este pasaje es al ministro lo que el bálsamo es al médico. Recientemente lo apliqué al corazón de un querido amigo. Llamado a su casa con las palabras *los médicos le dan unos pocos días de vida,* lo miré y entendí. Rostro pálido. Labios extendidos, resecos y arrugados. La piel le colgaba entre los huesos, como la tela cuelga entre los rayos de un paraguas viejo. El cáncer ya le había quitado mucho: el apetito, las fuerzas, sus días. Sin embargo, no le había tocado la fe. Acerqué una silla a su cama y le estreché la mano, y le dije con voz suave:

«Bill, "Jehová es mi pastor; nada me faltará"». Él giró hacia mí la cabeza, como para acoger mis palabras.

«En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará; confortará mi alma; me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre».

Cuando iba a decir el cuarto versículo, temiendo que no me oyese, me acerqué a unos cinco centímetros de su oído y dije:

«Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento».

No abrió los ojos, pero arqueó las cejas. No habló, pero sus flacos dedos envolvieron mi mano, de modo que me pregunté si el Señor le estaría ayudando a dejar una carga: el temor de morir.

¿Tiene usted una carga propia? ¿Cree que Dios podría usar el salmo de David para aligerarla? *Aligerar su equipaje significa encargar a Dios las cargas que usted nunca debió llevar.*

¿Por qué no intenta un viaje liviano? Hágalo por amor a sus seres queridos. ¿Ha considerado el impacto que el exceso de equipaje tiene sobre sus relaciones? Hemos tocado este punto en nuestra iglesia por medio de un drama. Se representa una boda en que podemos oír los pensamientos de la novia y del novio. Entra el novio muy cargado con su equipaje. Por todo el contorno de su cuerpo se pueden ver bolsos. Cada bolso lleva una etiqueta: culpa, ira, arrogancia, inseguridad. Este tipo está cargado. Mientras espera de pie ante el altar, la audiencia oye lo que piensa: *Por fin una mujer me ayudará a llevar todas mis cargas. Es tan fuerte, tan estable, tan...*

Mientras continúan sus pensamientos, comienzan los de ella. Entra

con un vestido de boda, pero, como su novio, está cubierta de equipaje. Arrastra una maleta con ruedas, de un hombro cuelga un bolso y un neceser para maquillaje; en bolsas de papel lleva cuanto pueda imaginar y cada cosa con su etiqueta. Ella lleva sus bolsos personales: prejuicios, soledad, desilusiones. ¿Cuáles son sus expectativas? Escuchemos lo que piensa:

Unos pocos minutos y tendré mi hombre. Se acabaron las consejerías. No más sesiones de grupo. Adiós desalientos y preocupaciones. Ya no los veré más. Él me lo solucionará todo.

Por fin están ante el altar, perdidos en una montaña de equipaje. Sonríen durante la ceremonia, pero cuando llega el momento de dar el beso, no pueden. ¿Cómo abrazas a otra persona si tienes los brazos llenos de bolsas?

Por amor a los que ama, aprenda a ponerlas en el piso.

Por amor al Señor a quien sirve, haga lo mismo. Usted sabe que Él quiere usarle. Pero, ¿cómo podría si usted está exhausto? Esta verdad se me aclaró ayer en la tarde cuando salí a correr. Mientras me preparaba para correr, me costó decidir qué debía ponerme. Había sol, pero el viento era helado. El cielo estaba claro, pero el pronóstico del tiempo anunciaba lluvia. ¿Una capa o una casaca? El explorador que tengo dentro prevaleció. Me puse ambas cosas.

Tomé mi radiocasete portátil pero no pude decidir qué cinta iba a llevar. ¿Sermón o música? Sí, adivinó; llevé ambas cintas. Para mantenerme en contacto con mis hijos llevé un celular. Para que nadie me robara el auto, puse las llaves en el bolsillo. Como precaución por si me daba sed, eché unas cuantas monedas también en el bolsillo. Ahora parecía más una mula de carga que un corredor. Había corrido unos

ochocientos metros (más o menos media milla) cuando tuve que sacarme la casaca y la escondí en un arbusto. Esa clase de peso le reduce la velocidad.

Lo que ocurre cuando uno sale a correr vale también para la fe. Dios tiene una gran carrera para que usted la corra. Bajo su cuidado, irá donde nunca ha estado y servirá de un modo que nunca soñó. Pero tiene que deshacerse de todo peso. ¿Cómo podría difundir gracia si está lleno de culpa? ¿Cómo ofrecer consuelo si está desalentado? ¿Cómo puede levantar la carga de otro si sus brazos están cargados con su propia carga?

Por amor a los que ama, aligere su equipaje.

Por amor al Dios que sirve, aligere su equipaje.

Por amor a su propio gozo, aligere su equipaje.

En la vida hay pesos que usted simplemente no puede llevar. Su Señor le pide que baje su carga y confíe en Él. Él es el padre en el lugar donde se reclama el equipaje. Cuando un padre ve a su hijo de cinco años que trata de arrastrar y sacar del carrusel el baúl de la familia, ¿qué dice? El padre dirá a su hijo lo que Dios le dice a usted.

«Deja, hijo mío. Yo lo llevaré».

¿Qué le parece si le tomamos a Dios su palabra en esta oferta? Podríamos encontrarnos más livianos en nuestro viaje.

Digamos de paso que he exagerado mis problemas con el equipaje. (Generalmente no llevo zapatos para la nieve). Pero no puedo exagerar la promesa de Dios: «Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros» (1 Pedro 5.7).